

Presentación

Fue la primera masacre en Mero, pero nadie tomó en cuenta la gravedad de esto. Primero fue aquí en el pueblo, donde mataron a un muchacho, de ahí se fueron a matar a los otros y así fue la masacre. Y de allí por venganza esas personas que fueron víctimas del conflicto tuvieron un enfrentamiento con ellos. El Mero queda cerca de Portete, está como a quince minutos, son los mismos territorios pero son divididos (testimonio oral, Wayúu, 2011).

Después de la segunda guerra mundial el mundo quedó consternado ante la brutalidad que podía alcanzar el ser humano en situaciones de guerra: los campos de concentración, los trabajos forzados y las innumerables enajenaciones que se cometieron contra la sociedad civil crearon la necesidad de que esas historias fueran narradas ante el mundo.

En literatura, uno de los trabajos más reconocidos es el de Primo Levi, *“Si esto es un hombre”*, donde el autor narra desde su propia experiencia los horrores en el campo de concentración de Auschwitz. Igualmente dramático es el libro de Alexander Solzhenitsyn *“Un día en la vida de Iván Denisovich”*, en el cual el premio nobel de literatura 1970 relata sus experiencias en un *gulag* (término ruso que significa “Directorio Supremo de Campos Correccionales de Trabajo”). Ambas obras se han convertido en hitos sobre los estudios de la memoria histórica de la guerra, y plasman

desde la experiencia propia de sus autores las atrocidades que se cometen contra el ser humano en la guerra pero, al mismo tiempo, abogan por la memoria como forma de reivindicar la vida.

Ahora bien, el testimonio de la víctima comenzó a cobrar relevancia y a convertirse en el eje de los procesos de reconstrucción histórica en el marco de la justicia transicional con los juicios de Núremberg en Alemania.

La difusión televisiva de los testimonios de los sobrevivientes de Auschwitz y otros campos de concentración en el juicio contra Adolf Eichmann, uno de los ejecutores de la solución final en el régimen Nazi, dio inicio a la aparición del testimonio de la víctima como depositario de la memoria y elemento de justicia (Alted, 1996; Galat, 1997; Mamani, 1989, Ricoeur, 1995).

Estos trabajos sobre memoria fueron aunándose a una necesidad académica y social de narrar y explicar

las lógicas socioculturales que se perciben tras la guerra por medio de los testimonios de las víctimas.

En el caso de Colombia, uno de los primeros acercamientos desde la antropología es el trabajo de María Victoria Uribe "*Matar, rematar y contramatar*" (1990), en el que hace un ejercicio de reconstrucción de la memoria histórica de la violencia bipartidista de la década de los 50 en el departamento del Tolima. Su trabajo está enfocado en ahondar en las lógicas socioculturales de las masacres y las formas de tortura y asesinato que se dieron en esa época, mostrando que los hechos violentos están más ligados a la venganza y a los lazos emocionales que se forman como consecuencia de la sangre derramada, diseminados en una lucha de partidos como sucedió en el Tolima a mediados del siglo XX.

La investigación también hace un análisis cuantitativo de las masacres y asesinatos ocurridos en todo el departamento del Tolima, posibilitando un contraste entre lo narrativo y lo estadístico, logrando de esta manera visibilizar las estadísticas sobre la violencia.

Hoy se está despertando el interés sobre la memoria histórica del conflicto armado actual, y cuenta de ello es el primer informe de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), "*Trujillo una tragedia que no cesa*", (2008).

Este informe abarca los hechos violentos que se dieron al norte del departamento del Valle -en el municipio de Trujillo- entre finales de los ochentas e inicios de los noventas, por causa de la violencia paramilitar en asocio con el Ejército y otros

organismos del Estado cuya misión era la lucha contra la insurgencia. El análisis que este trabajo hace sobre los hechos, los actores y los contextos de la masacre de Trujillo, nos ha permitido precisar nuestra metodología en torno al análisis de la memoria colectiva, ya que los hechos, contextos y actores que envuelven nuestra problemática de investigación permitirán develar las lógicas socioculturales que ha tejido el conflicto armado en la región Caribe de Colombia.

Patricia Tovar realizó una investigación llamada: "*Las viudas del conflicto armado en Colombia*" (2006), en donde la autora trata de ver la brutalidad de la violencia que ha vivido la historia de nuestro país a través de la memoria de las mujeres que perdieron a sus compañeros.

La investigación se basa en narrativas y vivencias de las viudas del conflicto armado: principalmente mujeres desplazadas y sindicadas como guerrilleras; asimismo, las viudas de policías y políticos asesinados. El conflicto afecta de manera diferenciada a hombres y mujeres, siendo estas últimas víctimas, no sólo de la pérdida de sus compañeros, sino también de todas las consecuencias que dicha pérdida trae consigo para ellas y sus hijos, consecuencias que hacen de la viudez una condición social particular en cada caso.

La relevancia de este trabajo, en relación con la investigación que nos proponemos abordar, reside en que se remite a la reconstrucción de los hechos que muchas veces encierran duelos sin superar, mediante las historias de vida de las viudas apelando

a la memoria como catalizador, y entendiendo que la memoria está llena de emociones, sentimientos y experiencias, pero a la vez también está demarcada por la diversidad de posibilidades que social y culturalmente le está prescrita a cada viuda según variables como clase social, relaciones familiares, profesión y rango del esposo o compañero fallecido.

El libro de Pilar Riaño, *“Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y del olvido”*, da cuenta de cómo la autora apeló a la memoria como herramienta metodológica para explorar las múltiples dimensiones de la violencia en Medellín entre los años 1980 y 2000. Resultó pertinente el análisis acerca de cómo los individuos enfrentan la violencia y se construyen como sujetos. Así mismo, este trabajo también hace énfasis en las continuidades históricas entre expresiones de violencia pasada y presente.

El trabajo etnográfico realizado en la región de Urabá por Patricia Madariaga *“Matan y matan y uno sigue ahí”* (2006), maneja la experiencia cotidiana de las personas como el eje central de la investigación en una región donde diferentes grupos armados se han enfrentado por más de tres décadas, creando así soterradas formas de administración de justicia y coerción social. Lo interesante de esta obra es que exalta cómo la vida diaria se construye en constante diálogo y tensión con el mundo de “lo extraordinario”, cuyos elementos incorpora mediante la normalización y las condiciones culturales que se construyen en estas zonas de conflicto.

Este trabajo encuentra relevancia en la medida en que posibilita entender cómo los sujetos inmersos dentro del conflicto armado asumen y se someten a las autoridades paramilitares, pero a la vez resisten de formas simbólicas a la presión que estas ejercen, lo cual servirá en la medida en que permite visibilizar la cotidianidad como elemento de la memoria colectiva.

Para el caso la región Caribe, uno de los trabajos más importantes sobre memoria del conflicto es el de Nicolás Cárdenas y Simón Uribe *“La guerra de los Cárdenas y los Valdeblánquez. Estudio de un conflicto mestizo en La Guajira”* (2004), donde los autores apelan a la memoria colectiva para rastrear el conflicto que se presentó entre dos familias originarias del municipio de Dibulla en La Guajira.

Este escrito analiza dicho conflicto (1970-1989) que se desarrolló en un contexto coyuntural: la bonanza marimbera que posibilitó un acceso ilimitado a los recursos económicos para financiar la guerra por cerca de veinte años, y unas instituciones estatales con poca legitimidad. Así que el peso de la tradición, de hacer justicia mediante la venganza por la afrenta al honor de un familiar, se impuso al margen de los instrumentos estatales de justicia.

Los autores centran su análisis en cómo los conflictos entre linajes familiares tradicionales de La Guajira se vieron potencializados y transformados por la proliferación del negocio de la marihuana (“marimba”) y la permisividad de las instituciones públicas, lo cual tiene una

importancia considerable para nuestra investigación en la medida en que ello contribuye al entendimiento de cómo eventos socioeconómicos logran agudizar o modificar el conflicto armado.

Por otro lado, en Santa Marta lo más cercano que se ha hecho al ejercicio de la memoria histórica de las víctimas es el borrador de la Corporación Nuevo Arco Iris titulado *“La memoria desde las víctimas: Santa Marta: desde las profundidades del Caribe las mujeres se niegan a olvidar”*. Este trabajo aborda principalmente el asesinato de Julio Henríquez, un exmilitante del M-19 y conocido activista político de Santa Marta, asesinato ordenado por el entonces comandante del Frente Resistencia Tayrona, Hernán Giraldo Serna.

Así, desde las narrativas de su familia la obra construye una historia de vida anclada a los procesos sociopolíticos que se daban en el país. En este sentido, además de ser la única aproximación en torno a la memoria histórica que se ha hecho en Santa Marta, dicho borrador reivindica la importancia que tiene trabajar este tema en la región del Caribe colombiano, ante la profunda ausencia de trabajos investigativos y la sentida necesidad académica y social de abordar esta temática en la región.

Finalmente, cabe resaltar sobre la ausencia de trabajos acerca de la reconstrucción de la memoria histórica del conflicto armado en el Caribe colombiano, que los ejercicios ya realizados están encaminados a redignificar la historia de la víctima y no a legitimar la del victimario,

conscientes de que una de las zonas del país más golpeadas por la violencia paramilitar es la región Caribe (Zúñiga 2007).

Las experiencias de violencia que han marcado la memoria colectiva sobre la historia reciente de nuestro país, hacen parte de estrategias racionalizadas constituidas según los intereses de quienes las asumen, llegando en muchos casos incluso a convertirse en la marca personal o en el “modus operandi” de los grupos armados ilegales. Estos encontraron en las expresiones violentas el medio privilegiado para llegar a los fines de poder, dominio y coerción; en muchos casos aumentar el miedo, proporcional al estado de indefensión y vulnerabilidad de los blancos de ataques; la intervención bélica iba dirigida entre masacres, desapariciones y descuartizamientos paramilitares.

De modo que el ejercicio de conocer y reconstruir desde la memoria de las víctimas los hechos generadores de violencia en los departamentos de Magdalena, La Guajira y el Cesar, cobra especial importancia a la hora de darle un significado estructural a su alcance y al reconocimiento implícito a las víctimas. Así, “la mayoría de las veces se presupone y luego se olvida la violencia y su arbitrariedad, como un hecho marginal ocultando en los fines de su uso el sufrimiento y vulneración de las víctimas” (Arendt, 2005).

La metodología planteada para este estudio permitió abrir un espacio temático con el fin de implementar técnicas de investigación que den un acercamiento propicio a la realidad social que se plantea como

objetivo. El hacer un acercamiento de carácter diacrónico a los hechos más relevantes en relación con el conflicto y sus disímiles actores e intereses, y la forma como estos han incidido en el panorama social de los departamentos de Magdalena, Cesar y La Guajira (desde 1980 al 2009), fue el objetivo a partir del cual se puso en marcha una serie de decisiones metodológicas centradas en la reconstrucción de la memoria desde quienes enfrentaron como víctimas y testigos las crudezas del conflicto armado y el accionar de los grupos armados al margen de la ley.

Como resultado de este análisis se diseñaron tres etapas o momentos, a saber: una revisión de la información documental y bibliográfica existente -primer momento-, documentos escritos a los que luego se les hizo un análisis para identificar los conflictos, los actores, las motivaciones o discursos en los que se justificaba el accionar violento en cada contexto. Para ello, la revisión de periódicos nacionales y locales publicados entre 1980 y 2009 fue importante a la hora de entender el contexto local cuando se contrastó con la información aportada en los relatos y las narrativas. Este es el enfoque del primer producto de investigación orientado a relacionar las variables principales del contexto del conflicto armado y la recuperación o preservación en la memoria de los habitantes locales. En productos posteriores y diferentes a esta primera publicación se enfatizará más en el ejercicio de preservación de memoria.

Simultáneamente a la búsqueda de información -segundo momento- en fuentes secundarias, se construyó

un listado de organizaciones de base de personas víctimas y el contacto y acercamiento con las mismas. Asimismo, se crearon lazos de confianza, lo cual fue fundamental para lograr el objetivo de la investigación propuesta. Ello supuso encontrar a las personas dispuestas a compartir sus experiencias dolorosas, privadas y significativas para su vida y su comunidad, pese al riesgo e incertidumbre que ello significaba para su seguridad personal.

Para el tercer momento, se hizo un trabajo de campo con las personas en sus territorios. Las narrativas y los testimonios personales se presentaron como una opción para reconstruir o preservar las memorias sobre las experiencias, sucesos y las formas como las acciones violentas invitaron al silencio, cambiaron el presente pero a la vez instaron a la organización al empoderamiento de las propias luchas y al surgimiento de líderes que a pesar del temor y de la contrariedad de las amenazas han decidido hablar y mantener viva la memoria. Las narrativas son una forma de representar la realidad de acuerdo con la construcción que las personas hacen de sí mismas y de su mundo, por lo que a través de aquellas, como metodología, es posible acceder a su vivencias, y también son una manera de conocer las explicaciones y posteriores reflexiones de las víctimas, partir de lo que para ellas es significativo, pues las narrativas y el ser son inseparables ya que nacen de la experiencia personal y al mismo tiempo dan forma a dicha experiencia.

Ahora bien, el lector encontrará, además de los contextos de conflicto

y violencia en estos departamentos, indicaciones prácticas sobre la metodología utilizada durante el desarrollo de la investigación, la bibliografía sobre el tema, y un directorio de organizaciones de víctimas e instituciones que trabajan arduamente para que no se cubra con olvido e impunidad la memoria de sus derechos vulnerados. Sin duda, son importantes esfuerzos por mantener la memoria y hacer cada vez más visibles las nefastas consecuencias de la violencia.

Con esta publicación esperamos contribuir con uno de los primeros

ejercicios de investigación desde el territorio. Ello con el propósito de crear una labor constante en aras de la verdad y del reconocimiento, lo cual no niega la dificultad de la recopilación de información, especialmente en el Magdalena -aunque también en los otros departamentos del Magdalena Grande-, por la presunción local que tienen las personas de que sigue existiendo en las zonas presencia de los actores armados responsables de los hechos victimizantes, lo cual les impide aportar en la recuperación de la memoria.

Memoria y conflicto

1

Es básicamente desde el recuerdo como experiencia colectiva que se expresan las realidades sociales de los pueblos, desde la cual se efectúan lecturas sobre el pasado (Le Goff, 1997), ya que la memoria, en su función social (Ricoeur, 1999, 2003; Wachtel, 2000; Burke, 2000; Halbwachs, 2004) es la única capaz de conservar, mantener y reproducir los eventos del pasado, en especial los de mayor intensidad y representatividad. Esto debido a que cada evento social vendrá siendo reforzado y mantenido por el grupo con quien se tuvo la experiencia significativa. De tal forma que para acordarnos necesitamos de los otros, afirma Ricoeur (2003).

La memoria no deviene de nuestros recuerdos, pues para recordarnos necesitamos a los otros. Así, la memoria individual toma posesión de sí misma precisamente a partir de la experiencia colectiva y sobre la base de la enseñanza recibida por los otros (Ricoeur, 2003:158). Por tanto, es fundamental la llamada al testimonio de los otros, a quienes viven en comunidad, cercanos entre sí en cuanto a sus relaciones.

El recuerdo no se asimila como algo proferido por alguien con el

objetivo de ser recogido por otros, sino como recibido por mí de otro en cuanto información del pasado. En este sentido, los primeros recuerdos encontrados en el camino son los recuerdos compartidos, los recuerdos que son comunes (Ricoeur, 2003:159). Entonces, desde Halbwachs, lo que se denomina memoria tendrá siempre un carácter social ya que cualquier recuerdo, aunque sea muy personal, existirá en relación con un conjunto de nociones que nos dominan más que otras, con personas, grupos, lugares, fechas, oficios, contactos, palabras y formas de lenguaje; incluso, con razonamientos e ideas, es decir, con la vida material y moral de las sociedades de las que hemos formado parte (Halbwachs, 2004). Por tanto, no hay dos memorias sino una sola que resulta de una articulación social llamada por dicho autor memoria colectiva, la cual es el proceso de reconstrucción social del pasado vivido y experimentado por un pequeño grupo, comunidad o sociedad (Aguilar, 1991).

Esa memoria colectiva como producción social, es la manera como se entienden las historias de los sujetos de investigación; tanto las víctimas como los victimarios del conflicto

son construcciones sociales, pero con recuerdos que se contraponen por las diferencias de sus historias dentro del conflicto armado. No obstante, vale decir que el pasado es distinto a la historia, y precisamente Halbwachs lo ubica en la tradición y en la serie de acontecimientos apoyados en un grupo que retiene ese pasado, acontecimientos que solo son capaces de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene. Así, por definición, la memoria colectiva no va más allá de los límites del grupo (Halbwachs, 2004:81).

Al efectuar una diferenciación entre la memoria colectiva respecto de la historia en general, Halbwachs comenta que esta comienza en el punto donde termina la tradición, donde se descompone la memoria social, cuando la memoria de un grupo, sus actores y secuencias de actos, se dispersan en varias individualidades, perdidas en sociedades nuevas a las que no les interesan ya estos hechos porque les parecen ajenos a ellas, y lo escrito es el único medio de salvarlos en la narración continuada de la historia (Halbwachs, 2004).

Pero el pasado que se descubre en Halbwachs es distinto a la historia, que se refiere a la serie de fechas y eventos registrados, como datos y como hechos, independientemente de si estos han sido sentidos y experimentados por alguien. Mientras que la historia pretende dar cuenta de las transformaciones de la realidad, la memoria colectiva insiste en la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida, como en un intento por mostrar que el pasado permanece, que nada ha cambiado dentro del grupo y, por ende, junto

con el pasado la identidad de ese grupo también permanece, así como sus proyectos. Mientras que la historia es informativa, la memoria es comunicativa, por lo que los datos verídicos no le interesan, sino que le interesan las experiencias verídicas por medio de las cuales se permite trastocar, inventar e intervenir en el pasado cuando haya menester (Aguilar, 1998:2).

Los grupos construyen permanentemente sus recuerdos a través de sus conversaciones, contactos, memoraciones, conservación de sus objetos y permanencia en los lugares donde se ha desarrollado su vida, ya que la memoria es la única garantía de que el grupo sigue siendo el mismo en un mundo tan cambiante y en perpetuo movimiento. Sin embargo, es imperativo realizar dos precisiones respecto a la discusión sobre la memoria y la historia.

Estudiar la memoria de una comunidad es más que una exploración del pasado. Mucho más que propender por explicaciones de hechos pretéritos, es un llamado a la comprensión de las circunstancias del presente que han dado lugar a una particular configuración del pasado (Rojas, 2004:29). Además, la memoria trasciende la narrativa, pues se inscribe en distintos lugares, moldea desde el presente las narrativas, el orden del tiempo, del espacio compartido o no, el recuerdo de los oficios, las relaciones y el contacto. Estos son momentos de la memoria donde adquieren forma y son llenados de significado por ella (Rojas, 2004:45).

De esta forma, la memoria hace parte del proceso de construcción

de la propia historia, pero desde los sectores minorizados y marginados (Rojas, 2004:25). Así, reformular el conocimiento propio de la historia se convierte en un arma para enfrentar los discursos totalizantes y hegemónicos, desde su situación de subordinados, como estrategia de resistencia y rearticulación del propio devenir (Scoott, 2000; Rojas, 2004; Smith, 1997); apelando, desde las memorias colectivas, por el dominio del recuerdo y de la tradición respecto a la manipulación de la memoria, debiendo servir la memoria colectiva a la liberalización y no a la servidumbre de los hombres (Le Goff, 1997:183).

Esto significa escuchar las voces y las historias de los desmovilizados y desplazados de los tres departamentos (Cesar, La Guajira y Magdalena), recogiendo la experiencia de saberes y prácticas compartidas en las cuales el papel de la memoria colectiva esté en el orden de la lucha, de la resistencia; apoderándose de su historia, de los escenarios de la memoria donde existen actores (clase dominante-subordinados y entre subordinados) que luchan por hacer valer y reconocible lo experimentado como lo sucedido o que es susceptible de ser olvidado.

Son dos escenarios de poder, pero al tiempo de relaciones, de intercambio, que traen como consecuencia la construcción de memorias híbridas o consensuadas como expresión de dicho contexto (Rojas, 2004). Más ahora, el surgimiento de dichas memorias híbridas dentro de una sociedad, será entendido por la existencia de varias memorias que coexisten e, incluso, se oponen unas a otras en

razón de las luchas de supervivencia del recuerdo, estrategias y relaciones de poder (Wachtel, 2000).

Este punto cobra valor en nuestro análisis, puesto que las memorias son asimétricas y se disputan dentro de un campo de poder específico. Es decir, existen grupos o elites específicas que imponen la memoria y el recuerdo, pero a la vez existen otros sectores sociales que resisten o se oponen a las figuras hegemónicas del recuerdo, lo cual trae consigo disímiles formas de la construcción social de la memoria. También hay unos ámbitos sociales en los que la memoria se halla implicada (Halbwachs, 2004).

De esta forma, las particularidades de una comunidad se revelan y descubren desde unos marcos sociales de memoria, unos marcos específicos como la familia, la religión y la clase social; y otros más generales como son el espacio y el tiempo. Así, según Halbwachs, los individuos articulan su memoria en función a su pertenencia a una familia, una religión o una clase social determinada, en razón de una espacialidad y una temporalidad dadas.

Respecto a la clase social, Halbwachs afirma que, en principio, en cada sociedad la clase dominante genera una memoria común que constituye el soporte de la memoria colectiva de toda la sociedad. Halbwachs estudia particularmente el caso de la nobleza, ya que le sirve para observar los cambios que se produjeron con la irrupción de las clases burguesas. Para Halbwachs, la división del trabajo que implicó el advenimiento de la burguesía generó

la configuración de diversas memorias colectivas de difícil coordinación. Por otro lado, desde el sentido de los marcos sociales de memoria se resaltan los lugares topográficos de la memoria colectiva, representados por esos sitios monumentales para la memoria: los cementerios y arquitecturas; los eventos y objetos simbólicos como las conmemoraciones, peregrinajes, aniversarios y emblemas.

También los lugares funcionales, como los manuales, las autobiografías o asociaciones, pero sin olvidar los lugares y escenarios desde donde se elaboran las memorias, que son los espacios de los dominadores de la memoria colectiva y de las comunidades de experiencia histórica (los bonderos) que se arrojan, desde sus recuerdos, a la construcción de la historia y la memoria (Le Goff, 1997:179). Ricoeur (2003) resalta dentro de los recuerdos notables unos lugares virtuales de recuerdo en común.

Estos consisten en el situarse en el pensamiento de un grupo, que significa asumir el rol de testimoniar en la rememoración de los recuerdos que exige de nosotros un desplazamiento del punto de vista del que somos eminentemente capaces, accediendo así a los acontecimientos construidos por nosotros o por otros distintos a nosotros, con la respectiva validación, defensa y aceptación. En este sentido, la labor de acordarse consistirá en situarse en el punto de vista del otro (Ricoeur: 2003:59). En concreto, los lugares de la memoria son espacios donde esta se encarna, son productos y se originan en ella y por ella (Rojas, 2004:91). En nuestro caso, estos lugares del recuerdo (Ricoeur

2003) plasman mojones sociales sobre hechos y cambios drásticos en la cotidianidad de la comunidad.

Dichos lugares pueden contener un significado cargado de violencia y dolor, desde los cuales las víctimas alimentan el recuerdo y los victimarios procuran destruirlo, pues son lugares donde encalla una disputa simbólica por el significado y el recuerdo de los hechos violentos de una comunidad. Estos cuadros de memoria que devienen del pasado (Joutard, 1986; Le Goff, 1997; Wachtel, 2000; Pérez, 2002; Candau, 2002; Ricoeur, 1999), son tratados desde las fuentes orales, sin desprestigiar lo escrito como fuente histórica, en la recolección de los archivos orales desarrollando un gusto por las culturas populares y utilizando una renovada historiografía y uso de fuentes verbales, como estrategia de reconstrucción y construcción de las historias locales, pues un espacio limitado, como afirma el mismo Norbert Elias, es aquel sobre el que hemos aplicado un criterio de orientación que nos permite identificar las cosas cercanas y las cosas lejanas, lo que es propio y lo que es ajeno (Serna, 2001:11).

Por tanto, lo local se convierte en una categoría flexible que puede hacer referencia a un barrio, una ciudad, una comunidad, etcétera, categoría en la cual lo importante es la consciencia de su artificialidad. Pero aquí se aplica el concepto no solo a un espacio físico, sino a una investigación específica a la que se llama "historia local", y esta, según las cautelas comunes que habitualmente se invocan, deberá evitar los esencialismos para así ser reflejo de procesos

más amplios (Serna, 201:18) que revelen relaciones de significado en torno a la tradición oral, la memoria y la historia de los sujetos desmovilizados y desplazados.

Así mismo, la historia será comprendida como un proceso de construcción, articulado desde la dinámica interna de una comunidad que interactúa permanentemente con sus recuerdos colectivos, a partir de las conversaciones, contactos y rememoraciones de su pasado, atribuyéndole desde el presente un valor a sus acciones y a su devenir.

Por último, es necesario resaltar el papel del olvido y los diversos dispositivos de la memoria. Joutard (1986), afirma frente a las acusaciones y burlas de los historiadores tradicionales que ven con menosprecio las fuentes orales por su repentino sesgo, que tanto la memoria como el olvido son procesos activos (Joutard, 1986:336); y añade: “no podemos interpretar el olvido como una falla y la memoria como simple reproducción de la realidad pasada” (Joutard, 1986:336). Por tanto, obedeciendo a sus recomendaciones, es necesario realizar una triple confrontación: con la documentación escrita, con los testimonios y con las diversas fases del discurso del testigo (Joutard, 1986:336). De esta afirmación se tomará especial atención al registro y documentación de los archivos, evitando a toda costa cualquier actitud policiva, de control, en aras de la validación de las fuentes orales y las memorias colectivas.

En cuanto al tema de los olvidos, Halbwachs plantea que para confirmar y recordar un recuerdo

no hacen falta testigos en el sentido común del término, es decir, individuos presentes en una forma material (Halbwachs, 2004:27), pues existe una comunidad de memorias (de individuos), ya sean padres o amigos, que lo pueden contar y reproducir fielmente, aunque sea imposible para el sujeto asociar algún recuerdo vivo. Expone un ejemplo de cómo olvidamos situaciones de la infancia, adolescencia o adultez, y sin embargo ahí están los testigos que rememoran y hacen reaparecer el recuerdo (Halbwachs, 2004:28). En todo caso, el vínculo generacional imprime en las memorias de los sujetos, en las memorias individuales, la función de garante y guardia de sus recuerdos. Además, posibilita que los recuerdos sean construidos con base en hechos reales, imaginados o anhelados (Galat, 1997), inclusive, mezclados (Halbwachs, 2004a).

De esta forma, los olvidos que son producto de la comunidad también hacen parte del ejercicio activo de construir la historia; en palabras de Ricoeur (1999) no se pueden considerar como el contrario de la memoria, su enemigo, sino como un complemento. Y atina a distinguir dos niveles de profundidad respecto al olvido. En el nivel más profundo, se refiere a la memoria como inscripción, retención o conservación del recuerdo. En el nivel manifiesto se refiere a la memoria como función de la evocación o de la rememoración (Ricoeur, 1999:53). En el nivel más profundo, se hallan dos polos antagónicos: el olvido inexorable que no se limita a impedir la evocación de los recuerdos, sino que simplemente

implica un borramiento total de la huella mnémica: todo lo que se ha aprendido o vivido; y el olvido inmemorial de los acontecimientos fundacionales de la localidad (Ricoeur, 1999:55).

En segundo término, en el olvido y la evocación, entra en juego un aspecto estrictamente fenomenológico. Se trata de la relación de aparición, desaparición y reaparición en torno a la conciencia reflexiva, de las nociones de ausencia y presencia del pasado (Ricoeur, 1999:57). Esto se relaciona sobre variables psicológicas, de cómo el olvido se vuelve selectivo a través de la represión del pasado. Entonces, se convierte en formas sutiles y silenciosas de lo que Ricoeur llama olvido archivador e incluso olvido archivado (Ricoeur, 1999:60).

Sin embargo, logra evocarse por detonantes sociales dentro del grupo, como el caso del bombardeo de Guernica (Cava, 1996), donde los vascos fueron obligados a reprimir, silenciar y borrar la historia real de lo sucedido en la población, pero 40 años después se logró evocar y compartir socialmente. Además, Ricoeur (2003), habla de la memoria impedida, manipulada y dirigida abusivamente. Se refiere, concretamente, a quienes tienen el poder y hacen uso de él en la unilaterización de la memoria, muy relacionado con la intervención de memorias hegemónicas e ideológicas, atentatorias contra la identidad de un grupo.

Y para comprender la memoria, es necesario comprender la organización social del olvido: las normas de exclusión, supresión o represión de este, y la cuestión de quién quiere

que alguien olvide qué y por qué (Burke, 2000:82); relacionado con la supresión oficial de recuerdo del conflicto en beneficio de la clase dominante, del control hegemónico y el dominio nacional, sobre el supuesto de la cohesión social (Rojas, 2004; Burke, 2000).

El olvido, además, tiene un papel fundamental como generador de perdón y reconciliación, en cuanto generador de justicia, de evocación de los silenciamientos reprimidos (Ricoeur, 1999; Cava, 1996). Y dentro del ejercicio de construcción de historias locales, la memoria y el olvido son solidarios, en palabras de Augé (1998, 103), para la ocupación completa del tiempo, “para no ser acomodados a cada era del tiempo -parafraseando a Montaigne-”, teniendo como deber el recuerdo y la vigilancia constante, sin permitir entronizar la memoria oficial: los monumentos, los bellos cementerios: las banalidades de la mediocridad (Augé, 1998:102). Por lo tanto, para terminar, como expone Augé: “el olvido nos devuelve el presente, aunque se conjugue en todos los tiempos: en futuro, para vivir el inicio; en presente, para vivir el instante; en pasado, para no repetirlo. Es necesario olvidar para estar presente, olvidar para no morir, olvidar para permanecer siempre felices” (Augé, 199:104).

De aquí se desprende la funcionalidad del olvido, su importancia como dispositivo activador de los recuerdos y de los silencios, los borramientos y errores de la memoria, articuladores de los marcos sociales de memoria (Halbwachs, 2004,

2004a), pues esta no solo se construye con base a hechos fácticos y hegemónicos; también lo hace sobre sus propias cogniciones e impresiones, incluidas sus esperanzas y anhelos de protagonismo y visión particular de su memoria colectiva.

1.1 Contexto general

1.1.1 Grandes tendencias del conflicto armado en el antiguo Magdalena Grande: departamentos del Cesar, La Guajira y Magdalena (1980-2009)

Las dinámicas económicas, sociales, de expansión y población territorial, han hecho del Magdalena Grande un espacio privilegiado para la formación de actores armados asociados al control territorial, las economías ilegales y las medidas coercitivas hacia los centros habitados.

La violencia en el Magdalena Grande ha viajado desde la época bipartidista, cuando muchas de las personas que poblaron estas tierras llegaron huyendo del interior del país. Dichas iniciativas crecieron a la par con los cultivos ilícitos y la necesidad de protección, idea que se fue vendiendo y asociando al crecimiento de las guerrillas que empezaron a hacer su arribo desde finales de los años 80.

El Magdalena Grande es un lugar estratégico; un espacio donde confluyen intereses de toda naturaleza. En este caso particular, la cercanía con el mar favorece al narcotráfico; las planicies benefician las grandes extensiones de cultivos de banano, palma africana, la explotación de minerales y la agroindustria, al igual que la actividad agropecuaria y ganadera en

media escala. Asimismo, sus montañas se elevan a más de 5.000 msnm., creando corredores de movilidad que facilitan la comunicación y el control fronterizo con la República Bolivariana de Venezuela, siendo esta última una fortaleza para las economías ilegales y el aprovisionamiento de armas y municiones. El corredor se extiende hacia el interior del país por el departamento del Cesar; hacia el este a través de la Serranía de los Motilones o Perijá; y hacia al sur por la serranía de San Lucas. Por su parte, el río Magdalena fue uno de los motores de la economía. Por este entró el comercio que fundó ciudades y permitió a su vez la interacción con el centro del país, constituyéndose igualmente como única vía de contacto entre el país y el mundo hasta mediados del siglo XX en el que se establecen redes férreas entre Los Andes y el Pacífico, y un poco después ferrocarriles entre el centro andino y el Caribe.

En suma, la gran región, que involucra tres departamentos, Cesar, Magdalena y Guajira, conocida también como el Magdalena Grande, es un lugar apropiado para las economías, las producciones a gran escala y la proliferación de actores armados ilegales. Desde la década de los 80 los cultivos de marihuana y posteriormente de coca han sido motor generador de violencia en la región.

La parte norte del departamento del Cesar, La Guajira y el centro y norte del Magdalena, emergieron desde 1970 con rezagos de violencia y prácticas asociadas a las economías ilegales -narcotráfico y contrabando, entre otras-; así como con una alta movilización social y política de

grupos campesinos que para esa época “recuperaron” -según su lenguaje- mediante ocupaciones de hecho propiedades rurales que más tarde les fueron tituladas por el Estado colombiano, a través del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora).

En 1970, la militancia campesina así como sus reivindicaciones y logros por medio de invasiones, puede sintetizarse de la siguiente manera por departamentos del antiguo Magdalena Grande:

Tabla No. 1: Invasiones y recuperaciones campesinas en el Magdalena Grande entre 1970 y 1978

Departamento	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	Total
Magdalena	1	90	9	1	1	1				103
Cesar		30	4	1	4	2	3			44
La Guajira		2		1	3					6
Total Magdalena Grande	1	122	13	3	8	3	3	0	0	153
Total Colombia	47	645	54	51	123	70	15	20	6	1.031

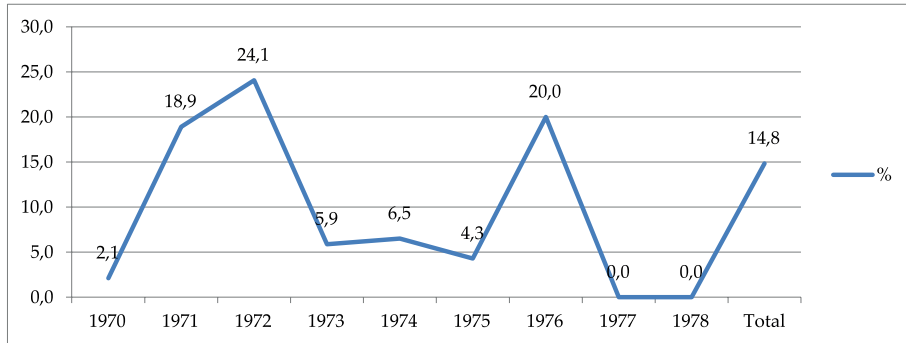
Fuente: Tabla de los autores, con base en Zamosc (1987:124), resumido de cuadro No. 9, invasiones campesinas por departamentos, 1970-1978.

El cuadro original presenta datos de invasiones en otros departamentos hasta 1978, pero no aparecen reportadas dichas actividades para ninguno de los departamentos del Magdalena Grande en los años 1977 y 1978.

En esta información se puede observar que en el Magdalena se presenta la mayor movilización campesina, concentrada en los años 1971 y 1972, mientras que en La Guajira se presentan menores actividades de movilización y tomas de

propiedad rural por campesinos; el Cesar presenta una dinámica de movilizaciones inferior al Magdalena pero, de los tres departamentos del Magdalena Grande, el Cesar es un escenario persistente en este tipo de actividades. Los datos no deben considerarse insignificantes, una representación del porcentaje total de invasiones en el Magdalena Grande en dicho período muestra la persistencia de dicha actividad dentro del total colombiano entre 1971 y 1976:

Gráfico No. 1: Porcentaje de invasiones campesinas en el Magdalena Grande, en relación con el total en Colombia (1970-1978)



Fuente: Gráfico de los autores, con base en Zamosc (1987:124), resumido de cuadro No. 9, invasiones campesinas por departamentos, 1970-1978.

Como se aprecia, las invasiones en el Magdalena Grande llegaron a significar en ciertos momentos una cuarta parte (1972) o una quinta parte (1971 y 1976) del total anual de Colombia, indicando la alta intensidad y la persistencia de dichas movilizaciones, a pesar de su disminución hacia el final de la década de los 70. Esto debe entenderse como un antecedente clave para la comprensión de las dinámicas del conflicto rural y la relación entre el campesinado del Magdalena Grande con los grupos guerrilleros en la segunda mitad de los 80, quienes reivindicarían,

desde la retórica de sus organizaciones, las exigencias de propiedad rural inalcanzadas en años anteriores. Igualmente, hay una continuidad de los escenarios de conflicto entre un periodo y otro, cambiando los actores.

Otro factor relevante para tener en consideración, es el auge visto desde la productividad rural: en 1980 comenzó una disminución del cultivo del algodón en el norte y sur del Cesar y en el sur de La Guajira, territorios donde el cultivo del algodón era la principal actividad económica:

Mi papá fue algodonero y el mayor algodonero que hubo por aquí fue un tío mío Pedro Calderón quien llegó a sembrar 800 hectáreas de algodón, una época económicamente buena y sana, no se veía sino los pleitos parranderos de puños y de voces nada más. Después viene una crisis económica en toda la costa pero aquí repercutió más, porque esta era la zona algodonera, Codazzi, San Diego, Casacara (testimonio oral, campesino, 2011).